

Moléstenme, por favor

Todo lo que necesitamos para estar plenamente vivos (©*The Works: Your Source to Being Fully Alive*)

por Margaret Wheatley

Verano de 2009

Si estamos explorando lo desconocido, si hemos de ser los pioneros y descubridores del nuevo mundo, quisiera que notáramos la presencia de ciertos aliados insólitos, pero imprescindibles. Uno de los mayores y más extraños aliados en este proceso de descubrimiento es la molestia. Creo importante resaltar que la molestia es nuestra aliada, porque he concluido que la certeza es una maldición. No fue fácil darme cuenta. Como la mayoría de ustedes, crecí regida por las tradiciones de Occidente. Nos recompensaban por saber la respuesta correcta. La inteligencia se medía por los resultados de los exámenes y la mayoría de los exámenes tenía por objetivo determinar si sabíamos la respuesta correcta. Tiempo después, en mis funciones de líder, me promovieron por mi certeza: tenía la visión, sabía cómo llevarla a la práctica y la cantidad de gente que me seguía dependía de qué tan bien yo irradiaba esa certeza, de qué tan bien disfrazaba mis miedos.

Pero todo cambió desde esos buenos tiempos, cuando parecía que era posible conocer y medir el mundo, cuando de verdad sabíamos cuál era el próximo paso. La complejidad creciente de nuestros tiempos ha vuelto toda certeza sobre cualquier paso o posición mucho más precaria. Y en este mundo de redes en que la información se transmite a la velocidad de la luz y la “verdad” muta ante nuestros ojos, la certeza cambia y se dispara a igual velocidad.

A pesar de estas nuevas realidades, es muy difícil renunciar a nuestras certezas, a nuestras posiciones, creencias, y explicaciones. Son los cimientos de nuestra identidad. Definen quiénes somos. Y aún así, en estos extraños nuevos tiempos, creo que la única manera en que lograremos comprender y afectar el mundo es pensando y trabajando juntos de maneras nuevas. Debemos ofrecer nuestras creencias más preciadas y nuestra mayor claridad como sacrificio. No será necesario que renunciemos a todo lo que creemos y sabemos, pero sí es necesario que estemos dispuestos a hacerlo. Debe interesarnos visibilizar nuestras creencias y opiniones, para poder elegir las o descartarlas conscientemente.

Y hay otra razón por la que debemos renunciar a nuestras certezas. Vivimos en un sistema global denso y complicado. Dentro de este mundo complejamente interrelacionado, todos tenemos una perspectiva distinta. Somos conscientes de que, biológicamente, no hay nadie que se nos parezca. Somos menos conscientes de que todos vemos las cosas de distinta manera. Dado que todos ocupamos diferentes lugares en el trabajo, la comunidad, la vida personal, todos vemos el mundo desde otro punto de vista. A medida que aumenta la complejidad, aumenta la cantidad de colegas que necesitamos para que nos digan cómo se ve el mundo desde donde ellos lo miran.

La complejidad misma de la vida garantiza que nadie pueda explicar lo que sucede a diario a nadie, ni suponer que su punto de vista es el único correcto. Podemos imaginar que esta complejidad es una nueva Torre de Babel, en la que no podemos escucharnos debido a tanta diversidad. O podemos considerarla como una invitación a unirnos y escucharnos verdaderamente: escucharnos, esperando oír algo nuevo y diferente que necesitamos oír para crecer y sobrevivir.

La necesidad de renunciar a nuestras certezas es la piedra angular de la ciencia moderna y la espiritualidad antigua. Al hablar de la Ciencia de la Complejidad, Ilya Prigogine nos dice que: “El futuro es incierto (...), pero de tal incertidumbre nace la creatividad humana”. Es la incertidumbre lo que crea el espacio para la invención. Tenemos que soltarnos, vaciar el espacio, saltar al vacío del no saber, si deseamos descubrir algo nuevo.

Según el budismo tibetano, la felicidad radica en aceptar que la vida es incierta. Si damos por hecho que la vida cambiará, soltarnos de la certeza nos resultará más fácil. No nos aferraremos durante tanto tiempo a lo que dio buen resultado en el pasado y no cederemos a la tentación de aferrarnos a fuentes de certeza pasajeras. Entablar relación con la incertidumbre es la única manera de dejarse llevar airoosamente por los inevitables ciclos de la vida y de sentir felicidad verdadera.

Todas las tradiciones espirituales místicas nos llevan a un encuentro con el Misterio, lo Desconocido, lo Divino. Si el espíritu habita en el reino de lo misterioso, la certeza es lo que nos separa de lo Divino. Si creemos que sabemos todo lo que hay por saber sobre Dios, nos separamos del aliento mismo que nos da vida, de las grandes cadencias del espíritu que no cesan de dar a luz a lo nuevo.

Ahora bien: ¿por qué les estoy diciendo todo esto? Porque creo que nuestra necesidad de certeza es tan destructiva para nuestras relaciones humanas como para la relación que buscamos entablar con lo divino. Y porque creo que tanto más es posible, si podemos unirnos y buscar conscientemente las diferencias, ideas y perspectivas que nos molestan. Cuando estamos en grupo, solemos buscar confirmaciones. ¿Qué haríamos posible si buscáramos descubrir qué nos molesta? Si en lugar de buscar la seguridad de ser parte de la mayoría, si en lugar de buscar a quienes sentimos como aliados o compañeros de ruta, nos propusiéramos descubrir a aquellos cuyas opiniones más discrepan de las nuestras, ¿qué podríamos crear? ¿Qué pasaría si, al menos de vez en cuando, nos uniéramos para cambiar nuestra forma de pensar?

En la universidad, tenía un profesor que nos alentaba a prestar atención a lo que nos sorprendía o molestaba. Si nos sorprendía una afirmación, la sorpresa indicaba que suponíamos que lo cierto era otra cosa. Si nos molestaba un comentario, la molestia indicaba que creíamos en algo diferente. Prestar atención a lo que me molesta me ha ayudado muchísimo a examinar mis más preciadas creencias. Cuando me consterna la posición de una persona, tengo la oportunidad de ver mi propia posición con más claridad. Cuando me oigo decir: “¿Cómo es posible que alguien crea algo así?”, se abre una puerta que me invita a examinar qué creo yo. Estos momentos de verdadera molestia son dones preciosos. Visibilizar mis creencias me permite elegir las de nuevo o cambiarlas conscientemente.

¿Qué pasaría si nos uniéramos y nos escucháramos con la intención de develar, en lugar de confirmar, nuestras creencias y opiniones? ¿Qué pasaría si nos escucháramos deliberadamente, sabiendo que nadie ve el mundo de la misma manera y esperando aprender algo nuevo? ¿Qué pasaría si no nos escucháramos para confirmar semejanzas, sino para descubrir diferencias?

Esta oportunidad se nos presenta todos los días, muchas veces por día. ¿Qué podríamos ver, qué podríamos aprender, qué podríamos crear juntos, de convertirnos en personas que escuchan así, disfrutando la diferencia, bendiciendo la molestia? Sé que la dimensión de la diferencia nos sobresaltaría deliciosamente. Y nos tranquilizaría luego descubrir cuánto más cerca estamos el uno del otro; porque cada vez que escuchamos bien, nos acercamos al otro. Gracias a nuestras nuevas ideas y a nuestros nuevos compañeros nos volveríamos más sabios.

Sería más provechoso explorar este extraño y desconcertante mundo si estuviésemos unidos. También sería mucho menos alarmante y solitario. Estaríamos juntos, unidos, en lugar de

separados, por nuestras diferencias. Cuando estamos dispuestos a que nos moleste lo nuevo y a dejar de aferrarnos a nuestras certezas, estamos dispuestos a escuchar verdaderamente a alguien que ve el mundo de distinta manera. Es entonces cuando suceden cosas maravillosas. Comprendemos que no hace falta estar de acuerdo con el otro para explorar juntos. No hace falta estar unidos desde la cabeza, siempre y cuando estemos unidos desde el corazón.